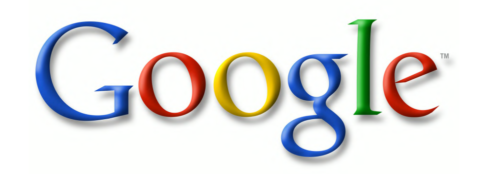
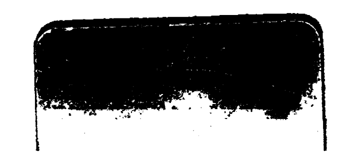




A5

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. ANTONIO MAURA Y MONTANER

EL DÍA 29 DE NOVIEMBRE DE 1903



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIP. DE FORTANET
IMPRESOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
Calle de la Libertad, núm. 29

1903

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. ANTONIO MAURA Y MONTANER

EL DÍA 29 DE NOVIEMBRE DE 1903



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIP. DE FORTANET
IMPRESOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
Calle de la Libertad, núm. 29

1903

Struthers

DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

D. ANTONIO MAURA Y MONTANER

Señores Académicos:

Poco diferiría de la que ahora experimento la confusión del advenedizo que, por fortuito caso, se hallare convidado á alguna ceremonia palatina, entre linajudos magnates, ataviados con rica variedad de veneras y ropajes heráldicos. Turbaríale más todavía la obsequiosa benevolencia que allí le mostrasen, según me acontece con nuestra dádiva; pues bien conozco que solo yo obtengo aquí por merced lo que cada cual de vosotros supo conquistar. Y ni aún puedo declarar del todo un agradecimiento que se habría de medir por mi desnudez; mejor me está procurar disimularla que encarecerla. Harto se patentizará ella de por sí, y no sería modo de corresponderos reprocharos yo mismo el desacierto de elegirme.

Os ha de valer que antes se disculpan las injusticias de la benignidad que las del rigor. Habréis considerado que están muy necesitadas de estímulos alentadores las gentes nuevas, cuya vida intelectual comienza entre una fermentación tumultuosa de las ideas, revueltas las jerarquías, cortados y confusos los senderos; habréis querido proclamar ante ellas, por este ejemplo, que también con su atropellado y recio batallar se alcanza galardón en

la carrera literaria, que declaráis abierta, no reservándolo para quienes del cultivo de las letras hicieron profesión de su vida. Mostráis que en esta república las dignidades supremas del Estado Mayor son accesibles para simples milicianos, y que la llama simbólica de vuestro blasón no arde tan solo para el culto recatado en este santuario del buen decir, sino que difunde su esplendor sobre la complejidad creciente de la vida popular, sobre todo humano comercio de ideas ó de afectos.

Algo de esto os decía, en solemnidad igual á la presente, mi predecesor esclarecido, D. Isidoro Fernández Flórez. Literato fué de buena cepa, fertilísimo su ingenio, castizo, suelto, animado su estilo; lo que escribió habría bastado para asegurar á muchos libros posteridad gloriosa, pero lo esparció en hojas diarias, caducas al ocaso del mismo sol que las ve brotar; y aunque todos nos habíamos deleitado con aquellas primorosas esencias de su sensibilidad y su cultura, tan pronto como diseminadas quedaban evaporadas: hacienda de pródigo, que desestiman también los convidados á dilapidarla. Vosotros, justicieros entonces como ahora dadivosos, desarmásteis el olvido á quien desafiaba, y otra vez mostrásteis que el honor de sentarse aquí no está vinculado.

Gran justicia hicísteis en *Fernanflor*, porque á las comunes dificultades se agregan otras muy graves para quien escribe en los diarios, y todavía alcanzó él la plenitud de su vida literaria en tiempos críticos que empeoraban el oficio. Con voracidad apremiante exige el diario la obra del redactor, esté ó no él en vena á la hora precisa. Pídele juicios improvisados y certeros, informaciones claras y sucintas, despliegues accesibles para el vulgo, sobre los asuntos más complejos y varios. Aunque suelen encenderse las pasiones en torno suyo, y grandes intereses se remueven y le acechan, él ha de conservar frío el razonar, sin que languidezca su estilo; ha de permanecer independiente, inaccesible á las captaciones que cien egoísmos fraguan para asediarle; ha de perseverar, mientras casi todos mudan, y tener re-

solución pronta y firme en medio de los perplejos; necesita el don del consejo, que es sazonado fruto de la prudencia, faltándole espacio para la deliberación; en suma, ha de ejercitar él á solas por toda una muchedumbre, cada día, cada hora, las energías mentales, las austeridades éticas y las varoniles excelsitudes del civismo, como quien toma por oficio preceder y guiar en el buen camino á sus conciudadanos, y rescatarles del extravío cuando no lograre prevenirlo.

Mucho yerran quienes crean cumplidas las obligaciones del periodista con solo poner una pluma palabrera, por vistosos y gallardos que sus giros sean, aliviada de bagaje doctrinal, suelta de toda convicción y emancipada del deber, á merced de las veleidades y los arrebatos del vulgo inmenso, cuyos vaivenes ha de extremar para impresionarle vituperando hoy lo que ayer enaltecía; comparable con los artefactos que sirven para obtener automáticamente signos gráficos de los meteoros ó de las agitaciones del mar. Cada jornada, por tales caminos, es nueva mengua de estimación y de autoridad. Pronto los periódicos escritos de esta manera muestran á los ojos del público, desconocedor de sus propias volubilidades, el zig-zag más caprichoso y atolondrado; dialéctica de la demencia ó del cinismo.

Días críticos, que empeoraban el oficio, digo que fueron los en que floreció mi antecesor ilustre. En la prensa de entonces, servidora de las clases dominantes, declinaban los que se apellidan periódicos *de partido;* que significa estar abanderados con un cuerpo de doctrina, puestos á la devoción de determinada causa, sirviendo de expansión y de incentivo á la colectividad de personas adeptas á ciertas ideas, como heraldos y paladines suyos; siempre parciales, pero con franca parcialidad, honradamente confesada á todo lector. Esta clase de periódicos no se extinguió, y por honor de la especie humana hemos de confiar en su perenne supervivencia; lo que aconteció fué caérseles de la mano desfallecida á las clases sociales que venían ejerciendo la dominación política, pues dejaban de merecerla y preparaban

con egoísta inercia sus venideras expiaciones. En la prensa de la burguesía fué el pasar á manos de Sancho la lanza, el arnés y aun la cabalgadura de su amo. El arma poderosa, formidable, de los antiguos combates, sirve ahora al proletariado, al anarquismo y á todas las desesperaciones subversivas, quienes saben blandirla con rencorosa vehemencia.

Surgían á la vez los instrumentos de publicidad, que se suelen denominar periódicos de empresa; señal de tiempos nuevos, resorte inexcusable para otra vida y otras costumbres, semblante del venidero estado social cuya enmarañada complejidad llegarán á retratar cuando la mudanza se haya consumado de veras por completo. Pero mientras el acervo popular de iniciativas incoherentes adquiere bastante lozanía y el hábito de nutrir publicaciones periódicas de esta clase, neutras y verdaderamente abstenidas de la acción directiva y educadora que la otra prensa asume, cuando proclama y sirve ideales bien definidos; mientras padecemos la degeneración de lo antiguo sin poseer en su madurez lo venidero, las obligaciones del escritor se agravan, los estímulos que le inquietan se complican y las escabrosidades éticas se le ahondan, bordeado por abismos su sendero. Falta el nervio que consistía en aquella doctrina única, criterio permanente, norte inconmovible en medio de la rotación vertiginosa de acontecimientos y asuntos que entretienen la curiosidad de las muchedumbres. Hácese más dificultoso, no siendo menos necesario, evitar la tornadiza y envilecida adulación que siempre exigen las pasiones, las crueldades y las demencias, efímeras pero arrebatadas, del vulgo, su soberano. Proclámase el escepticismo doctrinal como holocausto á la neutralidad de la información, pero luego resultan inseparables, el relato y la calificación de los hechos, el juicio no se resigna á una jubilación extemporánea, ni sabe nunca la moral inhibirse de los negocios humanos, siquiera la convicción se avenga á callarse y hasta disfrazarse; de modo que la antigua parcialidad, ostensible y sistemática, degenera en incoherentes y mal disimuladas tendencias,

truécase por amoríos temporeros, clandestinos, cuando no interesados, cuyo fruto nunca puede ser de bendición.

Tenía *Fernanflor* demasiada sagacidad para no medir la distancia entre dos oficios tan diversos como son el de servidor de altos y nobles ideales, director y educador de sus conciudadanos, y el de indiferente cronista de los hechos, colector automático de las obras sociales, con toda amplitud accesible á la varia riqueza de acaecimientos y la inconexa mezcolanza de sensaciones, ennoblecedoras ó insanas, puras ó torpes, que forman la vida de un pueblo; cronista en quien son excelencias supremas las mismas del buen espejo, nunca mejor que cuando su presencia pasa inadvertida, de puro ser llana, humilde y honrada la fidelidad. *Fernanflor*, sin duda, previó las lastimosas consecuencias que ha causado querer combinar, concertar y simultanear empeños que por esencia son contradictorios, y tuvo la que siempre habría parecido feliz y entonces además fué oportuna iniciativa de las hojas literarias semanales, muy pronto pasada en autoridad de costumbre, general á todos los diarios. A la vez que derramó un puñado de sal preservadora contra los fermentos que la mudanza traía, abrió á las letras, aquí donde tan restricto era y todavía es el hábito de leer, un campo de difusión inexplorado y vasto, y favoreció la cultura literaria con el incentivo poderoso de una publicidad antes inasequible aun para los principales ingenios. Sin ello sobráranle méritos, y altamente los proclama la reimpresión, que ahora mismo se acaba, de algunos de sus escritos que se intitulan «Cartas á mi tío», engarzados con un prólogo que califico de magistral cuando nombro á su autor, el Sr. Echegaray; pero aunque no hubiere ostentado otros, éste por sí solo descollaba entre los blasones de su escudo cuando aquí entró, y habría sido suficiente alabanza para la elección que de él hicísteis.

No podrá decir otro tanto quien á mí me suceda, y no será por haber carecido yo de vocación literaria; me faltó libertad para seguirla. Otras profesiones, ejercidas á la vez, según

lo impone la tiranía del ambiente social que nos envuelve, absorbentes ambas aun para quien se dedique á una sola, consumieron mis horas y mis fuerzas. Ellas mismas me sujetaron durante largos años á la práctica asidua de la oratoria; y pues este es un género de literatura, hallará disculpa vuestra largueza conmigo, y algún disimulo, en este instante solemne, mi desnudez.

También la pobreza tiene compensaciones; heme aquí libre de la perplejidad que á otros, en trance análogo, embaraza para elegir tema. No debo hablaros sino de oratoria, aunque habré de hacerlo en calidad de simple testigo, no siendo doctor, atenido á las enseñanzas acopiadas con la experiencia propia; en ella fío, pues la vida es maestra de todos y con materna liberalidad prodiga sus advertencias á legos y doctos, á simples y discretos.

Es la oratoria un género literario de especialidad natural é inextinguible, sujeto á reglas y necesitado de procedimientos que no cuadran á las obras escritas, con las cuales se efectúa de modo muy diverso la comunicación entre el autor y su público. Trabaja el escritor á solas, y con ser cierto que las más veces omitiera escribir si no esperase hallar lectores, no le está vedado como al orador, antes suele serle recomendable, prescindir de ellos y engolfarse en las intimidades de su propio espíritu, para escudriñar los senos del pensamiento y derramar la savia del corazón en páginas que quedan concluídas y perfectas aunque las deje inéditas. El orador no puede serlo sin asociarse con su auditorio; necesita el circuito que transmite los efluvios del razonar y del sentir, disciplinando las ideas del común caudal, que se forma con lo suyo y con lo que aportan los oyentes, y sujetando á un solo ritmo los latidos, mientras dura la acción de la palabra.

Certísimo es que un discurso después de pronunciado puede y suele ser impreso, y hallan en él solaz ó provecho lectores que no le oyeron; también acontece muy frecuentemente que los de-

signios del orador se dilatan más allá del recinto, y atienden á gentes que no le escuchan; de lo uno y lo otro hay ejemplos insignes perpetuados en las colecciones que atesoran obras maestras de los más famosos oradores; pero no se borra por esto la diversidad substancial entre arengas y escritos. Les será común el interés intrínseco del asunto, pues de ambas maneras puede ser tratado; conservará siempre la viveza de sus destellos el genio creador y soberano; pero si la lectura recae sobre el texto intacto de una oración, no renovará todos sus efectos palpitantes, y en no corta medida, los renunciará ó malogrará, el orador que intente hablar también para ausentes, si éstos han de conocer el discurso tal como lo pronuncia. La genuina, verdadera, única oratoria se ciñe á los oyentes y se atiene á laborar sobre ellos de viva voz.

Cabe trazar páginas que los contemporáneos no han de conocer, y que generaciones venideras tampoco estimarán, destinadas, no obstante, á poderosa influencia sobre otras gentes futuras; de tiempo en tiempo ganan auge y autoridad libros que estuvieron sepultados en secular olvido; muy al revés, el orador se propone conseguir en el instante mismo de su arenga todo el influjo sobre el auditorio. Más intensa, es mucho más restricta la eficacia de la palabra viva. El escritor no ha de curarse de la paciencia del lector, quien siempre puede cortar ó diferir la lectura; por esto al libro no le daña la prolijidad mientras no degenere en redundancia; pero el clásico reloj de agua advertía al orador de la presteza con que disipa el contado caudal de la atención de sus oyentes, cuyas percepciones, anuencias, repulsas, diversiones ó impaciencias ha de sondar incesantemente; porque esa atención es el vaso donde vierte las esencias del alma propia, so pena de derramarlas y perderlas.

Cada libro por sí mismo forma y designa su público; ausente, fenecido ya el autor, léenlo aquellas gentes á quienes, por ser ella tal cual es, la obra interesa, adoctrina, conmueve ó deleita, de modo que, según sea el acierto de la pluma, así dila-

tará ó cercenará su difusión, y correrá entre unas ú otras gentes, las que fueren adecuadas á la índole del escrito. Acontécele al orador lo contrario, porque su discurso tiene un público definido de antemano, sobre quien ha de actuar, eliminando para ello todo cuanto no conduzca al propósito, y valiéndose de medios apropiados singularmente á la condición, la cultura, las pasiones y aun el estado circunstancial de aquella única é insustituible concurrencia, á quien intenta convencer, persuadir, informar, conmover ó, por lo menos, entretener y deleitar.

Porque son estos los designios de la palabra hablada, suelen caer fuera de su jurisdicción las perplejidades de la duda, los vacilantes tanteos de la indagación, las penumbras de la generación mental y las indecisiones de la voluntad; todo ello interesantísimo y muy idóneo para páginas impresas y publicadas. El orador asume la dirección del auditorio, erígese en caudillo, y endereza la arenga á un éxito inequívoco y fijo: de raíz destruye su propia obra cuando titubea.

También á través de la pluma trasciende la fragancia sugestiva de la sinceridad; pero el ingenio es poderoso para simular en lo escrito más que en la palabra viva, la unción del convencimiento, la radiación prestigiosa de la virtud, la nobleza de los altos conceptos, la vibración simpática de los afectos intensos y aun arrebatados. Conocemos páginas edificantes que trazaron manos depravadas; hay biografías de autores cuyos libros las notarían de calumniosas, si la experiencia cotidiana no nos mostrase la complejidad casi inextricable del alma humana. Al lector impórtale mucho el libro, poco más que nada la persona del escritor, y aun este mermado y eventual interés dimana de otra curiosidad sugerida por el renombre, y se desliga del libro y del deleite ó provecho de su lectura. Acontece todo lo contrario en la palabra hablada: la clásica definición del orador, confirmada por el asenso de veinte siglos, hubo de comenzar con el *vir bonus*, porque la personalidad es inseparable de una obra que cabalmente consiste en el contacto íntimo y la compenetración

espiritual del que perora y los que escuchan. De dos maneras dice verdad la tal definición, pues alude juntamente á la sinceridad de los conceptos vertidos en cada arenga, y á la autoridad personal del orador. La lectura puede abstraer, y muy frecuentemente abstrae la asistencia intelectual, dejando dormidos los afectos; pero el corazón nunca se ausenta de la obra oratoria, ni se despega de los movimientos del ánimo que ella en todo caso provoca, sean propicios, sean adversos al designio de la peroración. Entiendo que esto mismo significaba Platón definiendo la elocuencia como *razón apasionada*. La curiosidad basta para cautivar los entendimientos, aunque permanezcan firmes en su disenso; tranquilamente leemos el libro más opuesto á nuestras convicciones; pero el corazón es siempre arisco y opta entre la adhesión y el repudio, con esquivez de niño, ingenua y perenne, pues antes que envejecer y adiestrarse con la experiencia de la vida se acorcha y muere. El auditorio, sometido en común á las inflexiones y los estremecimientos del discurso, siente á la vez que razona, y una corriente glacial aisla al orador tan pronto como le falta prestigio; ello sobrevendrá desde que los oyentes sepan, descubran ó siquiera sospechen que habla en contrario de su convicción, aunque no le frustre su intento una mala reputación personal.

No aludo con esto al olor de santidad: la mala reputación que al orador estorba singularmente es aquella que anubla aspectos éticos de su vida que tengan alguna conexión con la arenga. Así la probidad profesional del orador forense, las costumbres ejemplares y la piedad del orador sagrado, el acrisolado civismo del orador político, la nombradía científica del expositor de doctrinas en academias, aulas y congresos, intervienen en la oratoria de modo semejante á los prismas de diáfano cristal que centuplican la potencia del faro erguido para penetrar las brumas, dominar las olas y fijar los derroteros.

Gravísimo obstáculo para la íntima compenetración de que ha menester la oratoria es el cotejo silencioso, al cual provoca

todo desacuerdo entre lo que se oye y lo que del orador se sabe y recuerda. Si en su vida hay antecedente disconforme con lo que dice ó hace ahora, si cayó en culpas, contra las virtudes que ensalza, si en la materia que trata padeció errores, aunque ya fueren adjurados, líbrese de confiar en que, callando, ello pasará inadvertido; apresure las bastantes explicaciones y adelante la medicina contra el tósigo. Los oyentes tendrán benignidad con las flaquezas confesadas, aplauso para la enmienda, gratitud por la ingenua satisfacción que se les dé; pero serán implacables contra la disonancia entre las voces y los hechos. Ella suscita en cada ánimo, con proporcionada intensidad, un enjambre de ideas extrañas á la peroración, rivales afortunadas del orador, las cuales le roban el auditorio sustrayéndolo de su jurisdicción; crítica íntima, demoledora, glacial, indeliberada, incoercible, que no dimana de prevención hostil, ni denota en los oyentes severidad huraña; va iluminándose y moviéndose al conjuro de la voz, hasta hacer degenerar el orador en histrión á los ojos de la concurrencia. Consumado este daño podrá desplegar el ingenio sus alas espléndidas y poderosas; entre felices imágenes y delicados tropos, podrá fluir copioso un léxico irreprochable; el auditorio seguirá el discurso complacido, quizás admirado, lo celebrará calurosamente y aun parecerá entusiasta en sus efusiones; pero ni un solo instante se compenetrarán su espíritu y el del orador; rota la comunidad mental faltará el rendimiento del albedrío; permanecerá la concurrencia cual si presenciase las pruebas de ágil destreza de un volatinero, siempre muy apartada de la tentación de imitarle ó seguirle.

Lo que se escribe para el combate en hojas diarias difiere algo menos de la oratoria; como ella suele tener prevenido y determinado ya su público, también recibe y comunica la vibración circunstancial de la fugaz hora presente, y solo aspira á ejercer transitoria influencia; subsisten, con todo, las más de las disparidades, y cuando todas ellas fuesen borradas, quedaría la nota singularísima de dirigirse la peroración á una

reunión de personas, congregadas por alguna idea, alguna pasión, ó algún interés; asambleas á las cuales nunca asisten solos los individuos, pues por el hecho de juntarse toma positiva realidad un espíritu solidario que nadie aportó (las leyes del alma no tienen fórmulas en la aritmética); espíritu flotante sobre el concurso, indefinible, pero sugestivo y eficaz. El compuesto pierde muchas veces la analogía con los componentes. Así allegados los hombres no piensan, no sienten, no acuerdan, no obran como ellos mismos procederían, deliberarían, se apasionarían y razonarían á solas. En la intimidad de cada cual, en aquellos repliegues del ánimo donde no impera la voluntad, ni casi penetra la mirada escrutadora de la conciencia reflexiva, algún misterioso estremecimiento disloca ideas que parecían inconcusas, abate ó subvierte reglas de conducta que parecerían asentadas con firmeza definitiva. Entre los congregados suele haberlos en quienes se enervan, y hasta se disipan, resoluciones que llevaban muy maduras, en quienes enmudece, por insuperable encogimiento, aquella razón que resueltísimos iban á sustentar con briosa vehemencia; en quienes el ajeno dictamen anega y sojuzga cuanto traían pensado ó proyectado; mientras que, para otros de los presentes, la timidez se trueca en audacia, la perplejidad en resolución, el deseo en voluntad y la tibieza en entusiasmo. Ello será efecto de aquella virtualidad inductora que el ejemplo siempre tuvo reconocida, será sugestión de la simpatía, tal vez relajación inconsciente del sentido de propia y personal responsabilidad, que estando á solas presidía; significará exaltación transitoria de la sociabilidad que da carácter á nuestra flaca naturaleza; ignoro de cierto cómo acaecen, pero sin duda alguna veo que la aglomeración causa extrañas declinaciones de la brújula que rige la conciencia humana, determinando en las voluntades individuales inflexiones comparables con las que experimenta el hilo, cuando el telar lo somete á funcionar ya como trama, ya como urdimbre.

El orador que desatienda esta complexión psíquica de la co-

lectividad, y como si departiese á solas con cada cual de los oyentes, olvide sus flujos y reflujos, pronto se hallará incomunicado y fracasará en los designios que llevare. Séale próspera, séale adversa, ha de preocuparle primordialmente la tercería ineludible de ese espíritu difuso y movedizo; en el un caso, para apoyarse en él, sublimarlo y guiarlo hacia el fin de la peroración; en el otro caso, para guardarle, al tiempo de insinuarse, los miramientos que siempre son debidos á las fierezas soberanas, hasta lograr detenerlo, mudarlo, domarlo y sojuzgarlo.

Porque solo en esto consiste la elocuencia. No en la peregrina invención de conceptos profundos ó nuevos, ni en los alardes de la erudición, ni en el magnífico ropaje de las figuras, ni en la elevación y amplitud suntuosas del lenguaje, ni en la fonética cadenciosa y solemne. Una frase sencilla, quizás una palabra sola, á veces una exclamación casi inarticulada, le franquea al orador el acceso hasta los ánimos que estaban prevenidos y recelosos, los cuales de improviso se le rinden y quedan á merced suya, por lo menos, mientras dura y se mantiene vibrante la peroración. Los afeites, artificios, atusamientos y filigranas de la retórica, así como los despilfarros del hondo saber y de la erudición peregrina, más á menudo causan un glacial endurecimiento, que logran aquella efusión simpática en la que exclusivamente se terminan y consuman los propósitos del orador.

Yerran muchos pensando que la elocuencia sea privilegio excepcional de contadas personas. Asequible para los humildes, suele brotar inadvertida de las ingenuidades del corazón, que es la más igualitaria de nuestras vísceras; y en cambio, no pocas veces resulta esquiva para espíritus selectos, dotados con rara sagacidad y extensa cultura. No reside en quien habla, sino en el nexo espiritual que logre establecer con los que escuchan. Más ocasiones para comprobarlo existen hoy que hubo en épocas pasadas, porque han traído los tiempos gran mudanza, aunque sea antiguo el axioma según el cual las democracias, y solo ellas, forman el ambiente de la oratoria. Esta no es ya

profesión privativa de unos pocos, consagrados á ella de por vida, adiestrados, según Quintiliano lo podía, desde el regazo mismo de la nodriza. No está reservada al ágora de Atenas, ni al Foro romano; no resuena tan solo, como aconteció por muchos siglos, el apostolado cristiano en la cátedra sagrada; ya no son, como fueron más tarde, las reuniones patrióticas, las convenciones y las asambleas políticas, únicas expansiones usuales de la oratoria profana; ejercítase á toda hora, entre cualesquiera gentes, con indecible diversidad de ministerios; parlamentos que deliberan sobre la suerte de pueblos y continentes, congresos y academias donde se controvierten las ideas madres del saber humano, prosaicas juntas de mercaderes que persiguen lucros á escote, sociedades y reuniones obreras, en fin, que tratan sus derechos, sus anhelos ó sus rencores. Precisamente son los trabajadores y los partidarios de un gran trastorno social quienes con ahinco y eficacia mayores utilizan hoy el instrumento potentísimo de la palabra viva, y entre ellos anda desnuda la verdad con que digo no ser la elocuencia hija de la retórica. La voz del orador que se dirige á quienes soportan con tesón las privaciones de la huelga; á quienes padecen todas las aflicciones de la pobreza y todos los desconsuelos de la orfandad espiritual, en la ruina de sus creencias religiosas; á quienes se reputan ultrajados por la explotación que consideran establecida en su daño, y sienten todas las irritaciones de la injusticia que ellos contemplan en las leyes y en el régimen de las sociedades y los Estados modernos; orador que santifica apetitos humanos y odios de clase, como reivindicaciones contra la iniquidad; orador cuya voz llega al ánimo de tales oyentes sin refrigerarse en los serpentines de crítica alguna; orador, en suma, que vierte ideas seductoras sobre el desolado ignorar de los seducidos, acariciando con esperanzas lisonjeras á los azotados por el infortunio, ¿qué necesidad tendrá de ceremonias, afeites ni composturas? La dificultad no consiste allí en establecer el circuito, sino en templar y modular las descargas

del fluido colectivo; la solidaridad entre orador y oyentes está favorecida y asegurada por estímulos más poderosos que todas las gentilezas del pensamiento y todas las cautelas del arte. Allí no hay arenga que se frustre; allí la elocuencia es flor silvestre, de aroma embriagador, á prueba de inclemencias.

Sin ser la oratoria cosa diversa de lo que fué y siempre será, se ha derramado fuera de los tipos moldeados, que servían para clasificar preceptos y advertencias. No hablemos ya de los géneros demostrativo, deliberativo y judicial; no pretendamos abarcarlo todo con los nombres de oratoria sagrada, política y forense; busquemos en su esencia radical las leyes decisivas de su eficacia, y aprendamos en el original sus reglas imperecederas. Pronto conoceremos que, en puridad, tan solo se diversifican dos especies oratorias: una que presume el convencimiento unánime, propendiendo á confirmarle, disciplinarle y darle eficacia, y otra que intenta prevalecer contra la ignorancia, el error, la hostilidad ó la dispersión de las ideas ó los afectos, mudándole al auditorio el ánimo é imbuyéndole los pensamientos ó las determinaciones del orador.

Poca reflexión se necesita para confirmarlo. A veces se perora sin controversia aun dentro de las heterogéneas y revueltas asambleas políticas, y al propio tiempo acontece que ni siquiera el rigor dogmático del catolicismo excluye del púlpito la polémica, aun cuando no contemos por tal su permanente apostolado contra vicios y flaquezas. Así, pues, los procedimientos del orador, quienquiera que sea y dondequiera que hable, se habrán de acomodar, no al ropaje que vista, ni á su profesión, sino, todavía más que al asunto, á la relación que halle establecida, y á la que se proponga lograr al fin con su auditorio. Vuelvo á decirlo: elocuencia no es sino influjo conseguido por el que habla sobre quienes le oyen, y necesariamente las peroraciones que presuponen y obtienen el previo asenso han de diferir mucho de aquellas otras que aspiran á prevalecer contra las ideas, las pasiones ó los intereses del concurso á quien están de-

dicadas. Una oratoria podríamos llamar *triunfante*, para apellidar *militante* la otra.

Aunque carezco en aquélla de toda experiencia personal, y mis observaciones propias han de dictarme cuanto hoy os diga, no desconozco sus arduas dificultades, ni hago escasa estimación de ellas. Acreciéntalas desde luego faltarle al orador el incentivo de la controversia, verdadero numen, copioso raudal de ideas, despertador de la inteligencia y estímulo insustituible para mover los afectos, que son quienes dan viveza al estilo, luz á las imágenes, vibración al acento y simpatía sugestiva á todo el discurso. Tal es que, los habituados á la polémica, no acertamos á hablar cuando él nos falta, y quizás sea arbitrio recomendable para todos conducir cualquiera peroración de tal modo que nunca falte el claro-obscuro de considerar contrapuestos los intereses, las ideas ó las pasiones, aunque el dualismo no esté personificado en el auditorio.

Por muy conforme y bien prevenido que le halle, necesitará el orador aguda sagacidad para interpretar el común sentir y sacarlo de las brumosas vaguedades en que los pensamientos permanecen mientras no quedan formulados para expresarlos; la voz del orador interviene como antorcha que de súbito penetra la tiniebla y parece crear lo que alumbra. Necesitará, además, la nitidez del concepto y la vigorosa propiedad de su expresión, para dar el relieve objetivo, casi plástico, que las comunes ideas desentrañadas necesitan para retornar con sello indeleble y con perdurable fijeza á los espíritus mismos de donde fueron evocadas. El beneplácito de los oyentes no releva al orador del esfuerzo mental que cada vez sea necesario para ensanchar y ennoblecer el razonable asiento de aquella convicción, poco deliberada ó inconsciente, y por esto, insegura, á la cual quiere ensalzar, avivar ó encaminar hacia resoluciones prácticas. Necesitará también delicadeza exquisita para que la labor propia, que desbroza y vivifica el sentir ajeno, no entibie en el auditorio la impresión de casualidad, de modo que éste siga re-

conociéndolo por suyo, sin advertir extraña sugestión. Necesitará, en fin, viva sensibilidad, para irradiar el calor de los afectos, ya que siempre son ellos, y no las sutilezas que destila el entendimiento, quienes deciden la voluntad humana y arrancan á las ideas el fruto de las obras. Hablar á convencidos no significa dejarles como antes ya estaban, sino consolidar, definir, sublimar y hacer fecundo el común pensar y sentir, que parecía inerte y dormido.

Naturalmente, mayor será el esfuerzo cuando se intenta variarle el ánimo al auditorio, y aunque ningún arte carece de reglas, descuella una que al orador manda subordinarlas todas á la variedad inagotable de los casos y las circunstancias, vigilante siempre contra la rutina y el amaneramiento. Sin variar el asunto ni los oyentes, resultará desdichada una vez la peroración misma á la cual otra oportunidad coronaría con el mejor éxito. Las eventuales contingencias que predisponen al auditorio y ora allanan los designios del discurso, ora los dificultan, deben trazarle al orador su plan; el comienzo, el despliegue y el término de su arenga. No hay recetas; como si fuese símbolo de esto que digo, acontece enseñarse con pauta la escritura, mientras que aprendemos el habla sin tales andamios, entre las arrebatadas caricias maternas y los ejemplos, no siempre correctos, con que el azar rodea nuestra infancia.

Me trae esto á pensar en la preparación oratoria. No aludo á aquella preparación general é indirecta que cultiva las aptitudes naturales, ejercita las fuerzas, gana prestigio, acopia erudición, atesora experiencia y va formando la destreza personal; todo ello viene incorporado al sujeto, como al metal de la herramienta la labra de la forja y de la lima. Dotado por el cielo con mejor ó peor idoneidad nativa, adiestrado ya con más ó menos perseverancia y provecho, capaz para empeños de grande, mediana ó corta dificultad, llégale á cada orador el trance de apercibirse para una arenga, y trato de la preparación singular que entonces le conviene. No es ocioso hablarlo,

porque con mayor frecuencia se peca por descaminado exceso que por defecto de preparación, al menos, en los comienzos del ejercicio oratorio.

Queden á un lado las improvisaciones. Una práctica asidua, reflexiva, severa consigo misma, podrá alcanzar tal grado de maestría que la praparación se apresure y, de puro abreviada, pase inadvertida; de modo que el discurso tenga *apariencia* de improvisación, cuando en verdad fué *preparado de prisa*, más y mejor que otra persona lo dispondría en largas vigilias. De aquí dimana la enorme importancia que se reconoció siempre á la cultura y formación general del orador, pues poseyéndola tendrá andado lo más del camino para cada jornada.

Excluída esta falaz exterioridad, queda otro linaje de improvisaciones, y son aquellos arrebatos de la pasión que encienden la llama de la elocuencia, quizás con insuperables fulgores, para expansión de hondos afectos, en labios de madres, viudas ó huérfanos desolados, de soldados ó caudillos en trances críticos de la guerra, y aun de gentes sencillas y rústicas, cuando la injusticia las irrita ó la adversidad las acosa. Estas llamaradas de elocuencia natural, fugaces, expresadas sencillamente, tal vez con una palabra sola, tampoco se improvisan; con tremenda eficacia las prepara la ocasión misma que sublimó y angustió el ánimo, provocando su emoción patética.

Otras improvisaciones, ó serán simuladas por la petulancia, ó significarán demasías de una audacia inconsciente.

Encerrada la obra del orador en un marco de circunstancias numerosas y varias, que deciden su éxito y lo dificultan, no se puede improvisar. Lo que se podrá hacer impensadamente es verter frase tras frase, truncando y mezclando conceptos, con revoloteo de mariposa que no parece valerse del aire, sino ser su juguete. No bastan voces rotundas y ademanes vistosos para disimular la vaciedad é incoherencia de las ideas; la oratoria no es pasatiempo de acústica recreativa, sino comercio espiritual de muchas almas que deliberan ó sienten de consuno, y su desig-

nio, por modesto que sea, siempre pide orden, proporción, lógica y oportunidad.

Esto enseña que ningún orador puede comenzar el discurso sin haberse definido un propósito, sabedor de lo que dirá para cumplirlo, y del proceso que seguirá para decirlo: le será premiosa ó fácil, según su aptitud y su destreza, pero siempre inexcusable la adopción de un plan. Luego le acontecerá, no obstante, al más ducho, y con redoblado motivo á quien tenga menor experiencia, resultarle este plan inadecuado á las circunstancias, que varían más cuando la peroración va entretejida en una polémica, y entonces obtendrá la mayor ventaja de haber prevenido una madura, pero razonable y flexible ordenación, pues ella le permitirá mejorar el encadenamiento lógico y variar la proporción entre las partes del discurso, conservando después de la mudanza mayor disciplina que si no necesitare corregir una traza impremeditada. La preparación debe ordenar el plan y extenderse á conseguir tal dominio sobre la substancia de la peroración, que no quede aprisionado el orador en la rigidez de sus líneas, sino que pueda, en el acto, acomodarlo á las contingencias.

Tiene un valor inestimable en la oratoria guardar el lógico encadenamiento de las ideas, entrando en su razonable combinación, no tan solo aquellas que el orador expresa, sino también aquellas otras que su palabra suscita, despierta ó sugiere en el ánimo de cada oyente, pues todas á una se entrelazan y contribuyen al éxito feliz ó adverso de la peroración. Para apoyarse sobre las que favorezcan su designio, para esclarecer las otras que pudieran confundir ó tergiversar sus conceptos, y también para refutar y enmendar las objeciones mentales de los que escuchan, el orador necesita tener siempre cuenta con el raciocinio ajeno. Cuidadosamente ha de evitar el daño, que sería irreparable, de avanzar en el proceso de su arenga dejando enemigos armados á la espalda; no puede aventurar aserto, ni expresar opinión que hayan de ser hostigados ó desmentidos en el íntimo discurrir de los oyentes, sin completar la refutación ó aducir la

comprobación, antes de proseguir en su derrotero. Huya, sin embargo, de adelantar las conclusiones al razonamiento que las confirma ó á la indagación de donde dimanan, como no sea en lecciones orales, puramente didácticas, ajenas al ordinario proceso de la oratoria. Los oyentes acompañarán al orador con curiosidad en la ascensión desde lo vago á lo concreto, del enigma á la solución, de la duda á la certidumbre, de la sombra á la luz; pero si el orden fuere inverso, como quizás convenga en las páginas de un libro, sobrevendrá uno de dos daños: ó el postulado será recibido con prevención desconfiada, distanciándose orador y público, ó éste, poseedor ya del fruto, se impacientará ó distraerá cuando se le convide á las lentas evoluciones del comentario ó de la generación dialéctica. Solo se podrá adelantar impunemente la conclusión cuando tenga apariencias de atrevimiento ó paradoja, en tal medida que despierte curiosidad el rescate de lo que el orador parece haber comprometido y aventurado.

Gran riesgo de perder la compañía del auditorio es discurrir á saltos, trastocar la sucesión natural de los temas, ó dejar lagunas, alzando en la mente del que escucha interrogaciones ó extrañezas que le conviden á la diversión. La lógica viene á ser como una moral del raciocinio: preserva de las digresiones y de los episodios superfluos, tanto como de las incongruencias por omisión. Ella es quien avisa cuando no resulta proporcionado el despliegue de las partes del discurso, cuyos respectivos ministerios, dentro del sistema general de la obra, señala con fijeza insustituible. Resulta su disciplina tan saludable, que la sola virtud del encadenado avance en el razonar suele corregir sin deliberación, y hasta sin notarlo el mismo orador, los desaciertos de su programa; es frecuentísimo olvidar los temas, las ampliaciones ó las incidencias poco pertinentes, á causa de que el raciocinio trae el consiguiente á seguida del antecedente, y la poda queda inadvertida durante la peroración, que visiblemente se aventaja.

Este respeto al natural enlace de unas ideas con otras también allana la asociación y colaboración necesarias entre orador y oyentes, por cuanto da al discurso el atributo primario, que consiste en la claridad. Todas las otras excelencias quedan malogradas si ella falta, y á conseguirla y preservarla se enderezan las más de las advertencias. La sucesión lógica de los conceptos merece gran estima en toda obra intelectual; mas al lector quédale el arbitrio, si tanto le interesa lo escrito, de hacer alto, repasar algo que ya vió, ó reflexionar por sí solo, hasta tener expedita la prosecución; remedios de los cuales está desamparada la oratoria, pues aquel que no entiende en el acto una frase, opta entre dos términos, por igual ruinosos: ó se distrae, renunciando definitivamente á acompañar al que habla, ó se rezaga para descifrar el enigma, quedando entretanto ayuno de las nuevas ideas que sobrevengan, y hallándose mal dispuesto para reincorporarse cuando intente, si á intentarlo llega, restituirle su atención á la arenga. Especialidades oratorias hay donde la claridad no solo es atributo predominante, sino casi único; suele acontecer así en el Foro, pues los ánimos de los juzgadores tienen por profesión y por hábito aquella serena voluntad del acierto, que el orador procuraría captar si hablase á una multitud en la plaza pública; las doctrinas y las leyes les son de antemano conocidas, y suelen estar inconcusas aunque se dispute la oportunidad de aplicarlas; de tal modo, que muchas veces todo se cifra y compendia en la clara y sencilla exposición del verdadero caso, acertando á mostrar cuál sea el nudo crítico en el negocio litigioso.

La lógica no solo da claridad, sino también nervio y varonil belleza á la oración, como la musculatura atlética al gladiador. Ningún adorno retórico resiste la crítica ni cautiva al auditorio mejor que aquella proporcionada y feliz disposición de las partes integrantes de la obra intelectual. Cuando ella falta, vana, si no contraproducente, será la ornamentación, como acontecería en una fábrica arquitectónica cuyas líneas fundamentales es-

tuvieren trazadas con agravio de los naturales é intransigentes postulados de la estética.

Lo que digo en contra de la temeridad de las improvisaciones, y en pro de una preparación cuidadosa, no se ha de extremar al punto de fiar á la memoria el texto del discurso, ni siquiera el de algunos pasajes predilectos; escollo en el cual naufragan muchos, y no todos inexpertos. Se suele desconfiar del ropaje que vestirán las ideas cuando aparezcan ante el auditorio, porque se olvida que, una vez hecha la voluntad de expresarlas, la mente no las concibe tan en abstracto que acierte á distinguir, menos todavía á separar, el instante en que ellas surgen, del instante en que se incorporan á las frases idóneas para exteriorizarlas y comunicarlas. Esta ingenua é inconsciente retórica mental deja en nuestro ánimo sensación casi idéntica á la que causaría haber sido pronunciadas las frases inéditas, retenidas en el silencioso recato del espíritu. ¿No os lastiman las cacofonías en la página impresa que recorréis con la mirada, mudo el labio? Pues siendo esta la ley natural, importa seguirla y no derogarla; á medida que el gusto literario se educa, afina y ennoblece, mejoran las espontáneas enunciaciones, congénitas del pensar; y, entonces, cuando el orador se prepara atendiendo á las ideas, aunque no lo advierta ni se desvele de intento, también se apercibe al buen decir, sin marchitar la preciosa frescura de la elocución.

La retórica no tiene galas comparables con la virginidad de aquellas expresiones que son hermanas gemelas del pensamiento. El auditorio asiste á la generación espontánea de ideas y frases con cuanta benevolencia sea menester para mostrarse indulgente con el vocablo impropio ó mal nacido, con las quiebras veniales de la sintaxis y tal cual disonancia eufónica, que subsana fácilmente la viva voz. Una corrección indefectible, cuando no sea prorrogativa excelsa de inveterada maestría, desacredita la espontaneidad y pone veladuras enfadosas á la sinceridad, entibiando los ánimos; colgados éstos del discurso, atentos á las

ideas ó conmovidos por los afectos, todavía disponen de menos vagar que el orador mismo para la crítica gramatical. Trueque ruinoso para el orador es sacrificar la ingenuidad efusiva al atildamiento melindroso; y no se puede buscar otra ventaja, sino es esta con el exceso de preparación que deposita en la memoria, á riesgo de que se enrancie, el aroma de las ideas y anubla el centelleo estremecedor de las pasiones. Aunque la forma amojamada sea nativamente ingenua é irreprochable y luego se guarde intacta, pierde la vibración indefinible y comunicativa del primer brote.

Mas no se entienda proscrita la preparación para las formas de elocución oratoria; sería un despropósito, contra el cual atestiguarían juntos los clásicos seculares y la experiencia cotidiana. No, la expresión pide ser preparada con no menor esmero que el fondo esencial y el ordenamiento del discurso pues decide muchas veces del éxito; ella empaña ó realza el colorido, ahonda ó mitiga la sensación del auditorio, y deja expósitas las ideas cuando calla el orador, ó las naturaliza en la familia de los pensamientos propios de quienes le escucharon; ella, en fin, remedia la desnudez nativa é igualitaria de toda criatura, y ora consigue ataviar las ideas con el fino cendal de los nacidos para el señorío, ora las envuelve en las toscas estameñas de quienes vienen al montón, para beber lágrimas en el olvido.

Lo que hay es que la forma oratoria no se aventaja con la lima, ni con el pulimento, de que se muestran agradecidas letras destinadas á la lectura. La preparación cuidadosa solo se concierta con la ingenuidad por medio del trato asiduo, crítico y reflexivo, con los buenos modelos, hasta contraer el hábito de una feliz y noble elocución. La familiaridad con los prosistas y poetas clásicos enriquece y perfecciona, en la mente misma del orador, el léxico y la forma de enunciación, aliviando á la lengua del cuidado de traducir y acicalar las ideas; conseguido esto, viene lo demás por añadidura, pues ellas propenden de suyo á comunicarse, difundirse y conquistar asentimientos; son nati-

vamente sociables como el alma que las concibe; hay también una coquetería de las ideas, propensas á exteriorizarse con la compostura instintiva que procura siempre quien pasa de la soledad al trato de sus semejantes. Este impulso espontáneo hacia el buen decir merece confianza plena, después de adquirida, con el estudio de los maestros, aptitud para satisfacer la natural inclinación de la mente creadora. Claro es que de esta parte integrante de una cumplida preparación general saca el orador más partido cuando tiene bien adoptado el plan del discurso y domina el lógico enlace de sus partes; quédale entonces suelta la atención para elegir entre las voces, las figuras y las imágenes que frecuentemente disputan la primacía. Pero mientras el hábito se forma, la maestría se adquiere, y el dominio sereno se logra, preferibles mil veces resultarán las incorrecciones y sequedades que provengan de la espontaneidad, á los acicalamientos y adornos que no sean asequibles sin la indiscreta tercería de la memoria. Potencia del alma es, pero en la oratoria tiene oficio comparable con el de la impedimenta en los ejércitos, que por ella sufren muchos descalabros. Primores de estilo que enajenan ó empeoran la atención simpática del auditorio son monedas de vellón trocadas por oro.

El extremo límite de la preparación recomendable llega hasta fijar con la pluma los conceptos que entran en el plan del discurso, á condición de romper muy luego el papel, huyendo la tentación de retener sus expresiones, por muy felices que parezcan. Si ellas fueran en verdad las más adecuadas, naturalmente renacerán cuando el hilo dialéctico de la peroración evoque el pensamiento mismo; no hay razonable peligro de que prevalezca una forma peor de expresión, poseyendo ya el ánimo aquella otra, y casi siempre resultará, en el acto de perorar, mejorada en concisión y energía. Si acaso quedaren suprimidas ornamentaciones que la vez primera agradaron, no hay que dolerse; fueran ellas más naturales, y habrían reaparecido espontáneamente, como sombra y anejo de las ideas que vistieron.

Cuanto digo de la preparación oratoria se compendia en proclamar su necesidad y recomendar el mayor ahinco en completarla; pero de tal modo que no embarace las inflexiones y adaptaciones que las circunstancias requieran en el acto de perorar, ni destruya la espontaneidad y frescura de la expresión. Recaiga el trabajo sobre las ideas, sobre su enlace, sobre la proporción entre las partes del discurso; hágase el orador dueño de su obra, no su siervo; la posesión de la materia y del proceso para desplegarla ante sus oyentes, sírvale para mayor desembarazo y soltura, no para aprisionarle en el trance supremo, con rígida compostura de colegial ó recluta. Aunque parecerá paradoja á quien no lo reflexione, la preparación fomenta la espontaneidad, con tal de dirigirla bien; y claro es, además, que mejora el discurso, nutriéndole, expurgándole, madurándole y disciplinándole.

En el ejercicio de estas espontaneidades, que siempre deben quedar incólumes, las más veces habrá el orador de reprimir la propensión á las ampliaciones, porque afluirán, juntos con los conceptos cardinales, accidentes y derivaciones suyas; pero también sobrevendrán síntesis impensadas y atajos inexplorados, aproximadas ó refundidas ideas que con separación fueron concebidas, abreviando y vigorizando el discurso. La concisión, la sencillez son inestimables; cuanto no sea menester para el designio, daña la peroración, cuyo término no se debe diferir con ampliaciones, ni con incidentes; procúrese que los oyentes se duelan, en vez de regocijarse, por la llegada al final. Execrable rutina es, y muy común, tener en poco, como madrigales oratorios, las peroraciones breves, cuando en verdad pueden ser eficacísimas y aun sublimes; rutina que sugiere rellenos, digresiones, pasatiempos y broza, empeorando la obra si no la arruinan. Así como le está mejor callar á quien nada se proponga con la palabra, debe ésta cesar tan luego como haya podido cumplir, del mejor modo, su designio. Esmaltados están los tratados y las historias con frases lacónicas, que á veces fueron toda la arenga del general á sus soldados, toda la proclama

del monarca á sus súbditos, todo el reproche del mártir al tirano; y aunque no sirva esto de medida, enseña cuanto interesa la brevedad, pues si diluyéseis en un raudal de palabras cualquiera de aquellas frases celebradas, veréis que pierden toda elocuencia y retornan á la trivialidad, de donde les sacó una fórmula sintética y feliz, como de la nube parda é informe brota la centella.

Por añadidura, donde la atención está cansada, como en el Foro, ser breve sin hacerse obscuro cifra casi por entero la elocuencia, cuyo primordial requisito es que asistan en espíritu y en verdad aquellos para quienes se perora.

Cuandô algún motivo legítimo, y no lo es la susodicha rutina, señale al discurso determinada duración, menester será prepararse ensanchando la materia y acopiando ideas con notoria superabundancia; porque en caso alguno debe el orador arrostrar al peligro de considerarse exhausto, ni exponerse á la tentación de las amplificaciones palabreras y los episodios superfluos y disipados. La demasía del caudal le servirá en cualquier evento de incentivo para el laconismo, para las refundiciones compendiosas y para las alusiones cuyo desarrollo se fía á los oyentes; recursos los más eficaces para el empeño capital de cautivar la atención.

Ensalcé antes la regla de subordinar todas las reglas á las circunstancias de cada caso, y ello se confirma desde que se considera al orador en el comienzo de la peroración. Muchos son los que reputan de constante oportunidad un exordio, el cual consiste para ellos en una jornada preliminar; y, á falta de mejor tema, la emplean en travesuras del ingenio ó en rebuscados melindres de humildad y enfadosas solicitaciones de una benevolencia que mejor se captaría con algún concepto substancial, capaz de entretener al auditorio y aplacarle la sed. Entendido el precepto clásico de este modo, resulta el exordio semejante á las abluciones de rito para entrar en una mezquita; amaneramiento reprobable.

Quiero significar que el estudio de los modelos no aprovecha

[illegible] provecho [illegible] primera [illegible] tesoro de una [illegible] para la estima [illegible] triunfo de su derecho.

Si llamamos exordio á la toma de posesión del punto de arranque, para hacer metódica y provechosa la entrada en materia y no apartarla de contado, ni furtivamente, entonces sí que podrá valer como general la recomendación de que lo tenga todo discurso; pero sálvese la diversidad imponderable de los modos. Acertar cada vez en su elección interesa grandemente; debe el orador atender siempre á conseguir, ó por lo menos preparar y franquear, cuanto antes la íntima compenetración espiritual con sus oyentes.

Lograda valdría poco si luego la perdiere, y es arduo y principal empeño conservarla, sin intervalo y sin fluctuaciones, de modo que ningún oyente pueda ya discurrir á solas, ni emanciparse de la atracción sugestiva que el orador necesita sostener hasta el final. Ello depende del arte de graduar en el discurso la densidad de ideas; dosificar los conceptos, en las palabras y en el tiempo, sin enrarecerlos ni aglomerarlos; espaciarlos, en serie discreta y fluida; enlazarlos sistemáticamente, sin borrar ni confundir la individual substancia de cada uno; envolver con ellos, y recoger en el proceso de la oración, las réplicas silenciosas, los aplausos íntimos y las perplejidades de cada oyente; llenar, en suma, sin tropel, todo el ancho de la vía común, por donde avanzan juntos el orador y el concurso, sin dejar rezagados y apiñándose todos más y más, hasta el término de la etapa; táctica complicada, cuyas dificultades se agigantan cuando el auditorio es desigual, por razón de la cultura, ó por varia capacidad de percepción.

Espinosa y compleja su observancia, la regla abstracta se enuncia muy sencillamente; redúcese á evitar dos contrapuestos escollos: uno consiste en amplificar la expresión tanto que la mente de los que oyen quede ociosa y suelta, para acudir á las preocupaciones individuales que perennemente la solicitan; otro es engrosar el raudal de pensamientos sin guardar proporción con la aptitud de los oyentes para recogerlos. Solo con vigilancia esmerada é incesante conseguirá el orador secues-

trar íntegra, sin rebasar jamás la potencia mental del auditorio.

Resultaría insuperable esta dificultad, aun no siendo tan heterogéneo como de ordinario suele ser el concurso, si todas las ideas se expresaren y todos los conceptos se desenvolvieren, en el texto de la peroración. Con dificultad se juntarían cuatro personas para alguna de las cuales no sobrase, ó no faltase algo, cuando la densidad de substancia estuviese en punto para los demás. De aquí la utilidad excepcionalísima que tienen para la elocuencia las insinuaciones, alusiones y cuantas formas elípticas de decir despiertan, suscitan ó sugieren en el ánimo de los circunstantes ideas que no suenan, y que formalmente quedan omisas en el discurso, aunque en verdad lo integran y de modo positivo contribuyen á su eficacia.

Ostensiblemente frágil es este resorte, pues está á dos dedos de la obscuridad, en donde naufragan todos los aciertos, y todos los intentos quedan frustrados; para otra cosa alguna se requiere más estrecha cuenta con la índole, la complexión y los antecedentes de la concurrencia á quien se dirige la palabra. La mayor excelencia de las alusiones y las indicaciones, que el orador no explana, consiste en darle á cada oyente labor indefinida, que ensancha la aptitud de los más despiertos ó mejor iniciados, y abrevia la miopía mental de los lerdos, estableciéndose natural y automáticamente la proporción entre el significado de la frase dicha y las capacidades respectivas de los oyentes, é igualándose la atención en todos.

Y no paran aquí las ventajas de este recurso oratorio; los que escuchan se sienten halagados por la confianza que el orador muestra en su sagacidad y aplican redoblado ahinco á no defraudarla, con atención más intensa que la que otorgarían á las sublimidades de estilo, depuradas, pomposas y sonoras. Cada cual propende más á darse por bien enterado que por desorientado; las inflexiones de la palabra viva, los ademanes del orador, los movimientos y comentarios de los circunstantes, quizás

aquella misteriosa corriente espiritual que antes mencioné, contribuyen á descifrarle los enigmas, cuando corre peligro de atascarse y rezagarse; y como quiera que lo entienda, sea cual sea la penetración que alcance la agudeza respectiva, todos se sienten asociados á la obra del orador; se hace consciente su colaboración, y la instintiva simpatía se propaga á los otros conceptos del discurso, en cuya paternidad no se les dió escote.

En diversa medida, según los casos, se debe utilizar la insinuación sugestiva, pues, aun colocada aparte la viveza de los auditorios, nunca los procedimientos recomendables, por ejemplo, al orador parlamentario, en contiendas apasionadas y ardientes, vendrán bien á la reposada y blanda oración sagrada; ni aun cuadran á la forense, porque la atención cansada no suele derrochar iniciativas para desentrañar conceptos nebulosos, aunque muy bien los descifrarían, poniéndose á ello de veras, los juzgadores. En la duda, será más prudente correr al riesgo de exagerar el laconismo, que entrare por la fronda de perífrasis, glosas, deducciones, incisos, episodios y resúmenes, pues aquí el daño es certísimo: mucho antes de concluir la enunciación de una idea, los más de los oyentes se apoderaron de ella y se hastiaron de poseerla; la menor distancia del orador á que se colocaron será la necesaria para verle caracolear, criticarle y llevarle cuenta de las curvas, mudanzas, figuras y estaciones, mientras sobreviene otro nuevo pensamiento, si ya éste no les coge entera y definitivamente distraídos. Llegado el trance, será problemático volverles al redil y reincorporarles al verdadero auditorio; el cual no consta de todos cuantos oigan la voz, sino tan solo de aquellos que comulgan en la elaboración espiritual, más ó menos dóciles, pero sujetos al hilo de la arenga.

Oradores hay, y les conocéis como yo, en quienes alcanzan grado eminente las cualidades más estimables: saber extenso y sólido, selecta cultura literaria, probadísima potencia mental, elocución gallarda y fácil, magistral dominio de la polémica, y con todo ello el fruto de la elocuencia no se les sazona, por el

único yerro de decirlo y explicarlo todo, olvidando que el paso de la elocución, por muy expedita y amena que sea, se hace tardo, enfadoso y al cabo insoportable para el alado pensar del auditorio.

Aun en aquella porción de la substancia integrante del discurso, que los labios del orador hayan de expresar formalmente, una concisión extremada y una austera sobriedad, le están recomendadas, mucho más que al escritor, con parecerme en toda ocasión excelsas estas virtudes literarias. No quiero proscribir todas las galas; pienso que siempre se ha de ahorrar la atención, y que los ánimos suelen adelantarse á recibir las ideas con tanto mayor agasajo cuanto más sencillos atavíos traen ellas. Trances señalados habrá que admitan y aun pidan suntuosidades retóricas, y entonces vendrá bien recamar el estilo y ostentar la pedrería de las grandes solemnidades; pero sea con medida y á tiempo, pues los ropajes suntuosos se hacen admirar á cierta distancia y al orador le importa ganar, conservar y acrecentar la intimidad, la compenetración mental, el contagio efusivo de corazones que laten juntos. Guardada con el decoro la honestidad, nunca van mejor que desnudos los pensamientos; con ser tan fluida y transparente, tan incorpórea, la palabra viva, con sentirse en ella tan vibrante el alma del orador, todavía es una mediación y una veladura. Evítese con ahinco que se haga notar, ya que no se puede suprimir, la interposición de algo distinto de los espíritus cuando ansían confundirse. El estilo oratorio que por falta de fluidez, por impropiedad ó por artificiosa é indiscreta ornamentación, les disputa á los conceptos parte de la atención de los oyentes, viene á ser como el andamiaje que perturba la contemplación de líneas y proporciones en la fábrica arquitectónica. Piense siempre el orador que no tiene oficio de histrión, ni es pasatiempo su discurso, y atienda al designio final, pues le roba á su asunto, á su ministerio, cuanto invierta en alardes de lucimiento personal y en pompas superfluas; habla para comunicar á las almas afectos, ideas, resoluciones, y la

suprema excelencia es no advertir al auditorio que le son sugeridos: así entra en el pulmón el aire vivificador; quienes le sienten pasar ya se tienen por asmáticos, aunque todavía respiren.

La sencillez se aviene bien con el aticismo y no proscribe las figuras ni las galas. La atención necesita descanso para refrescarse, la aridez de razonar ó exponer se templa con incidentes oportunos y adecuados, los afectos blandos y los arrebatos pasionales no corren por su cauce sin rumor ni espuma; pero colóquese todo ello en la categoría subalterna que corresponde, pues el buen gusto no agravia la ley de naturaleza que siempre subordina los medios á los fines. La obra oratoria, de suyo esforzada, pone el ánimo en tensión excepcional, y naturalmente se recarga con reprensible exuberancia de imágenes y todo linaje de accidentes, si el orador no vigila y no es despiadado para la selección.

Todavía resulta más ruinoso para la elocuencia el descuido que deja entrar en la peroración ideas en cuya posesión está el auditorio, las cuales, sin expresarlas, solo por levísima alusión, y quizás tácitamente, pueden ser incorporadas al común acervo que forman orador y oyentes. Lo que va dicho implica ya gran encarecimiento para esta recomendación, y si vuelvo sobre ella es porque cotidianos ejemplos nos muestran haberla olvidado oradores que aspiran, con sobrados títulos, á honroso renombre. A esclarecidas eminencias del Foro les acontece á menudo ingerir en sus peroraciones, con no escasa prolijidad, explicaciones elementales sobre las instituciones jurídicas, como si los señores del margen asistieran al aula y el informe no hubiese de resultar enteramente baldío en el desventurado caso de que ellos hubiesen menester de una tal ración láctea é infantil. El daño no consiste solo en el tiempo y la atención que se malversan, sino que fácilmente pasa luego inadvertido lo que más importaría. En nuestras Cortes se derrochan largas horas para repetir lo que está ya dicho, escrito y olvidado, con evidente

perjuicio para el éxito de obras oratorias que saldrían aventajadísimas con una sencilla operación de poda. En la cátedra sagrada, por muy lejanos que estén, como están dichosamente los días de Fray Gerundio de Campazas, todavía es frecuente la trivialidad que, como no sea por vía del sueño, ningún otro acceso puede tener al ánimo de los fieles congregados; y tampoco es raro predicar para humildes devotas y para aldeanos rústicos, arremetiendo el orador contra las herejías más extravagantes, de las cuales ellos jamás oyeron hablar, ni harían caso aunque las conocieran, ó enzarzándose en las disertaciones teológicas más inaccesibles para el auditorio; lamentable empleo de la ocasión que podría aprovecharse para mondar los manantiales encenagados del amor santo y avivar conciencias adormecidas.

Los más de estos descaminos provienen de tener en poco, por ser tan accesibles, la sencillez y la naturalidad. Así como ha perdurado mucho la creencia de que un lienzo no merecería gran consideración, ni podría pasar por obra maestra, si no representaba grandes asuntos religiosos, ó, en lo profano, heroísmos de la clásica antigüedad, así también muchos estiman indecoroso hablar con llaneza poco tiempo, aunque les baste para su intento, de ahí los rellenos y el destemple, cuando la ingenuidad brinda con la elocuencia. Los clásicos suelen ser admirados, quizás estudiados, sin advertir que, por un lado la magna entidad de los asuntos, y por otro las costumbres é instituciones de su tiempo, autorizaban entonces solemnes fastuosidades oratorias, cuya oportunidad rarísima vez retornará; por no tener con esta diversidad de circunstancias la debida cuenta, muchos se intoxican de pedantería, donde, con más discernimiento, podrían educar su gusto; se persuaden, con grave yerro, de que no hay elocuencia sin majestad, aunque el asunto sea trivial, y olvidan que el primer canon de la estética impone la proporción y la armonía, y que son las ideas del discurso quienes, por su sola y espontánea virtud templan, elevan ó deprimen el tono y el es-

tilo, con solo apartarse de artificiosas y ridículas hinchazones y renunciar á rancios é intempestivos afeites.

Al orador le es recomendable, y aun necesario si la arenga no acaba pronto, una diversidad de tonos y matices, casi nunca lícita al escritor. Se escribe con estilo adecuado á un asunto, y casi siempre debe sostenerse en toda la obra, más que por respeto á la unidad que convenga al libro, el folleto, ó la monografía, por la circunstancia de estar ausentes los lectores. También el diálogo oral admite ironías, paradojas y cien travesuras que resultan peligrosas en las cartas por muy familiar que sea el trato. Ignora el escritor las circunstancias en que será leído, y muchas veces parecerían disonantes ó intempestivas las transiciones en los pasajes que no se acomodaren al tono general y dominante de la composición. Muy al revés acontece en la oratoria, que, por desplegarse en una palpitación común, admite y agradece el tránsito de la gravedad á la agudeza, de la indignación á la ironía, de la ternura al horror y de la risa al llanto, siempre que en el ánimo del orador se suceden natural y razonablemente estas fluctuaciones, claro-obscuro que entretiene y remoza la atención, contrastes que avivan y favorecen la moción de los afectos.

Aplico á los ademanes, á la compostura corporal y á las inflexiones de la voz lo que digo del estilo oratorio: la naturalidad, que no se puede confundir con el zafio desaliño, y que se dignifica y mejora con la educación, allana y resuelve sus dificultades, compendiando todas las enseñanzas útiles. ¡Desventurado el orador en cuya atención hay un negociado especial para el movimiento de sus brazos, y para la modulación de la voz, como si la Naturaleza le hubiese dotado de pedales! Recobre, con la serenidad, la posesión de sí mismo y hablará y accionará mejor que siguiendo cuantos consejos tenga leídos ú oídos, porque le guiará el propio pensamiento y la íntima sugestión de sus pasiones. El mismo impulso interno que provoca la expansión del ánimo se afana por hacerla accesible á los oyentes, y

requiere y logra la cooperación corporal, subyugándola, sin que la atención del orador se bifurque, y sin el riesgo de una ridícula desavenencia, que conduzca el tono y los ademanes por un sendero desviado del pensamiento.

Alguien ha estimado provechosas para un orador lecciones de cómicos consumados en la declamación escénica; mucho se abusa del ejemplo clásico que asociaba en la tribuna al afinado tañedor de flauta. Reconozco de buen grado que los ademanes y la emisión y modulación de la voz, se pueden y deben mejorar y atildar con el estudio, del mismo modo que el léxico se enriquece y depura y el estilo se ennoblece y acicala con la familiaridad de los escritos clásicos; pero de éstos es útil todo el ejempo, y no puede serlo con análoga extensión el de aquellos que tienen por oficio recitar ajenas obras literarias y simular pasiones y afectos que no han sentido, ni sienten, cosa vedada en la oratoria, y cuya imitación puede causar amaneramiento, con mengua de la espontaneidad sincera. Cabalmente son los oradores tanto menos idóneos para fingir cuanto mayor sea su vocación á la verdadera elocuencia, que se nutre y vivifica con los hábitos de la inspiración ingenua y honda. Insisto, pues, en que para la compostura de ademanes, y para acertar en los tonos y matices de la voz no hallará el orador consejo más fiel y provechoso que las espontaneidades de su espíritu, con tal que no descuide la crítica propia ni desoiga la ajena, grandes educadoras nuestras en todo el curso de la vida.

Si al pronto la turbación natural, que es una virtud, le hace pecar por encogida parálisis en la acción y timidez vacilante en la elocución, ello pregonará una modestia que le granjeará más simpatías que el braceo desconcertado, los gestos de repertorio y las travesuras fónicas de su garganta. Otros desarreglos á los cuales propende la emoción oratoria y que sin duda afean y perjudican la peroración, tienen fácil enmienda de una vez para otra, con tal que esta educación recaiga sobre el impulso natural sin amaneramiento, así como del mármol arrancado

informe de la cantera va surgiendo la estatua en cuanto quitan lo que sobra, y no por postizas, efímeras y abominables adherencias.

Un tropiezo hay en la senda de esta naturalidad que vengo encomiando. La oratoria no se aviene con el encogimiento, aunque en ella, como en todo, la modestia sea virtud simpática y privilegiada. Tomar la palabra es empuñar el timón, arrogarse, mientras se perora, la cura espiritual del auditorio; pretender comunicarle, imbuirle, casi imponerle, ideas ó resoluciones que tal vez repugnaba, y no es humano que todo ello se procure y se alcance sin efectiva y vibrante convicción, y sin asumir cierto magisterio, muy ocasionado á las apariencias del orgullo ó la pedantería; apariencias dañosas, pues suelen erguir fierezas individuales entre los oyentes, apartándoles de la persuasión que busca el orador. La profesión habitual de la oratoria, cuando la favorezca éxito lisonjero, más que á la altivez, parece inclinar á la afeminada vanagloria, pues á muchos príncipes de la elocuencia se achacó esta flaqueza, de la cual importará preservarse; mas aun aquellos que de veras logren salir indemnes, difícilmente esquivarán la nota de soberbios, oyéndoseles, un día tras otro, anatematizar cuanto ellos no proclaman, y viéndoles esgrimir la cimitarra, ora razonando, ora apostrofando, ora satirizando contra las ideas, las acciones y acaso las personas mismas de sus adversarios. Soporte cada cual ó remedie este gaje del oficio; mas el orador ponga gran conato, agotando su arte y su ingenio, en no humillar ni vejar á aquellos de quienes pretende que acepten su dictamen, de tal modo que no se le revuelvan, ni se le enfosquen, pues se frustraría el designio de la peroración.

La manera de concluirla es asunto de muchos preceptos retóricos y de no pocos tropiezos prácticos. Discurso sin epílogo parece truncado, y será intachable esta sentencia si el final, como las otras partes, se emancipa de toda norma inflexible, para acomodarlo al caso y á la variedad indecible de las cir-

cunstancias. No entiendo porqué se ha de reservar para el epílogo la moción de afectos, especie de ternura reparadora *in articulo mortis*, que arguye no haber vivido bien. Los movimientos patéticos acaecen cuando naturalmente los suscita el curso de la peroración, como los regocijos en la vida no se nos deparan cuando de Real orden se decretan públicos festejos. Auditorio cuya tibieza hubiere durado hasta la conclusión del discurso, bien presenciaría las contorsiones y escucharía las descompasadas voces del orador, enfrascado en las agónicas sacudidas de eso que muchos entienden por epílogo, pero no se contaminaría del arrebato.

Y aquellos otros que consideran prescrita por ley divina una recapitulación, como cima y remate de la obra oratoria bien dispuesta, también yerran, en sentir mío; tanto yerran, que las más veces deberá esquivarla el orador, aun cuando la complicación de su asunto, la prolijidad de su análisis ó la independencia de sus partes parezcan recomendársela; porque no bastarán el fuego oratorio, ni la ornamentación espléndida, para subsanar la desmayada languidez de conceptos recalentados ya conocidos. Más provechoso es marcar en las transiciones la nervatura del discurso y su osamenta dialéctica; oportunidad excelente para resumir lo que antecede, señalar su enlace con el nuevo tema y dar respiro á la atención del auditorio.

Naturalísimo deseo siente el orador de que su obra no resulte estéril, ni caiga repentino olvido sobre aquella jornada en que llevó consigo al auditorio; sin deliberado propósito, pues, y con solo atender al designio que le sirve de norte, hallará para la conclusión aquella idea culminante, aquel estremecimiento pasional, aquel apóstrofe sintético, aquella frase de vigoroso y plástico relieve que más al caso venga. Pero huya siempre, huya con horror, de la rutinaria evolución premonitoria mediante la cual es usanza muy común buscar el escabroso empalme con un párrafo prevenido, atusado y colgado de la percha de la memoria; trance en que el auditorio siente una sacudida,

como los viajeros cuando el tren toma la aguja de entrada en la estación terminal. Muchos suelen de este modo buscar aplausos, por corona de su obra, y sin duda la sacudida les servirá para despertar entusiasmos que lleguen dormidos. Pero no es este el galardón apetecible. Ni al final, cuando la gratitud, sea por lo hablado, sea por el próximo silencio, estimula la cortesía; ni siquiera durante el despliegue de la peroración se declara siempre con aplausos la eficacia de la palabra viva, aun allí donde no los veda la compostura solemne del concurso. Expansiones del asenso colectivo suelen ser los aplausos, pero también estallan muchas veces á distancia, provocados por destellos vanos de la forma oratoria, y aun por simples desplantes fonéticos, como si éstos provocasen un general alboroto acústico en el recinto. Lo que al orador ha de importarle es que los oyentes discurran en su compañía, acaso más juntos y pegados á él cuanto más callados. Procure que razonen con su propia dialéctica, contemplen de cada cosa el aspecto que les señala, y con él amen, detesten, esperen, teman y decidan. Dejar al auditorio ensimismado y pensativo, como rama que cede al peso del fruto, será muy frecuentemente éxito supremo de una peroración. Al tiempo de concluirla no es menos reprensible que antes aplicar el orador á menudas vanaglorias personales, esfuerzo y atención de que ha de mostrarse siempre avaro en pro de la causa que sirve; siendo esto, no ya buen consejo, sino carga de conciencia cuando ejercita una profesión ó un sacerdocio.

Las observaciones apuntadas hasta aquí muestran, si no me equivoco, que el ejercicio oratorio es, á un tiempo mismo, más dificultoso y más llano de lo que cree el común de las gentes. Más difícil, en cuanto ha menester de mayor esfuerzo intelectual, mejor conocimiento del corazón humano y atención más asidua y porfiada de lo que estiman aquellos que todo lo hacen consistir en fluida verbosidad, en copioso raudal de imágenes, en redondez y cadencia de períodos, aun cuando acabada la peroración, ni los oyentes sepan lo que escucharon, ni al orador

mismo le sea fácil compendiar y declarar la substancia de lo que habló sin plan, sin objetivo y sin deliberación; esfuerzos musculares de acróbata, que no abren surco, ni forjan, ni tallan.

Es, sin embargo, más llano de lo que se les representa á quienes creen que todo orador debe emular siempre á los grandes maestros cuyo renombre se hizo universal ó perdura á través de los siglos, y que no hay elocuencia sin la solemnidad magnífica de estos celebrados modelos. La sencillez y la naturalidad en que vienen á cifrarse todas las recomendaciones, aminoran grandemente las exigencias artísticas del oficio; todo consiste en substancia comunicable del entendimiento y del corazón. El toque estará, pues, en pensar y sentir, diciendo con elegante ingenuidad lo que se piensa ó se siente, satisfaciéndose con el caudal propio, sin usar galas ajenas, ni romper nunca la proporción razonable entre fondo y forma. Un asunto trivial, aunque sea de gran entidad, un tema minúsculo, aunque despierte con justo título la curiosidad, no soportarán el fastuoso lenguaje de las controversias que fueron memorables por su histórica transcendencia; y si es verdad que el poder creador y la radiación privilegiada de los genios dignificaron y enaltecieron negocios que, en otras manos, quedaran inadvertidos, estos peregrinos ejemplares déjense como excepciones inasequibles y en cierta manera fortuitas, por ser involuntario el don que resplandece en ellos. La elocuencia eficaz, insinuamente, atractiva y vencedora se conseguirá con las más modestas y llanas peroraciones, sin descoyuntarse ni exponerse al ridículo; y cuando el caso lo exija ó lo merezca, vendrán espontáneamente á su punto y en su medida la grandilocuencia, la emoción patética, el apóstrofe y la sublime generalización, abriéndose el compás y alzándose el tono, según la magnitud y la dignidad del asunto. En el púlpito, en los estrados de los Tribunales y en las asambleas políticas, todavía es frecuente, aun habiéndose generalizado mucho el buen gusto, hablar con solemnidad desmedida, con nociva

hinchazón, con artificioso y contraproducente apasionamiento. Mil veces se malogran así peroraciones cuya esencia aseguraría felicísimo éxito, con solo bajar el tono, acortar el rádio de las curvas, aliviarle de pompa al estilo y difundir sobre la obra entera la luz apacible y templada del ordinario y común pensar, sentir y decir.

Menudean los yerros que provienen de cortedad ó descamino en la preparación; pero son más los que se deben achacar á olvido de la finalidad de la oratoria. Suelen los más cuidadosos preparar su discurso estudiando el asunto y no el auditorio, atender mucho á la forma y poco á las circunstancias del instante de pronunciarlo; por esto parece imposible excederse en la recomendación de subordinarlo todo, inclusa la materia acopiada, á la oportunidad. Poco le vale al orador tener muchas y buenas cosas que decir, aun siendo todas ellas pertinentísimas con relación al asunto, si le toca hablar en ocasión de no querer oirlas los circunstantes; para entonces es recordar la diferencia entre arenga y libro. Aunque no falte de raíz ni resulte insuficiente la atención del concurso, rara vez se tiene con ella la cuenta debida.

Tómese el ejemplo que parezca menos accesible al influjo eventual de las circunstancias, y todavía entonces, si bien se reflexiona, se conocerá que el orador no atinará si solo mira al asunto, por mucho que lo estudie y domine, pues deberá tratarlo por procedimientos y en estilo muy diversos, según la composición del auditorio. Aunque permanezcan idénticas las personas, también necesitará sujetarse al estado de los ánimos y á sus predisposiciones, en aquel instante preciso en que busca su colaboración, su intimidad y su asenso. En el Foro, que es donde el orador está más ceñido y el auditorio más obligado, casi nunca se repiten negocios que se deban dilucidar con igual método, aunque las carpetas tengan rótulos idénticos, y cualesquiera criterios de clasificación los junten en una sola división del casillero; dentro de tales coincidencias externas se descubre pron-

to que el nudo de la dificultad consiste hoy en lo que estaba ayer fuera de litigio, aquí estriba todo en depurar y relatar con claridad los hechos, allí es clave de toda la pendencia un tema doctrinal ó una duda legal; esta vez se controvierte la cuestión principal, aquella otra se traba el conflicto en algún incidente, que aun siendo lateral resulta decisivo. ¿Qué diversidades no se ofrecerán en la oratoria parlamentaria, cuyo ambiente se muda y trastueca dos y diez veces cada tarde, por no mentar las mudanzas de un día para otro, donde toman impensadamente calidad y transcendencia política los asuntos que la víspera parecían más neutros, ó el auditorio vuelve hoy la espalda á su preocupación de ayer? En la cátedra sagrada no habrá oración más circunscrita, por razón del asunto, que el panegírico del santo patrón, y en dos pueblos acogidos á una misma protección celestial pedirán mucha diversidad la condición y las costumbres respectivas de sus gentes; todavía añado que, en dos consecutivas festividades de la misma aldea, lo que aprovecha en año próspero de abundancia y regocijo, sería inoportuno en la penuria, asoladas las cosechas y angustiados los ánimos.

Pintor infelicísimo sería el que, para transmitir la sensación del natural, se limitase á poner en el lienzo el color de cada cosa, sin tener cuenta con las travesuras de la luz; no se representa la blancura inmaculada de la nieve en la campiña sin requerir toda la paleta, y quizás resulta excluída del cuadro el puro blanco; y si en cosa material de tanta simplicidad hay tal complicación de matices, reflejos, penumbras, términos y veladuras, ¿qué acontecerá en el ancho firmamento donde vuelan los espíritus, cuando con el solo auxilio de la palabra se intenta arrastrar al auditorio tras las ideas y contagiarle y estremecerle con las misteriosas inflexiones y los arrebatos desordenados de las pasiones humanas?

Pero advierto ahora que insisto sobre una misma verdad culminante, mostrando distintas facetas, á saber: que una peroración no es un monólogo, sino coloquio íntimo, entra-

ñable; que la obra oratoria es fusión de las ideas resonantes del orador, con las ideas silenciosas que en cada espíritu brotan del manantial recatado que lo refresca y vivifica; que á esta solidaridad palpitante no saben acudir las ideas por las áridas escabrosidades del puro razonar, agradecen la compañía de los afectos cuando no de pasiones exaltadas; que en el arcano sentir y pensar de quienes oyen y no en el aire que vibra sobre la ondulante mies de cabezas y miradas, es donde se consuman ó se frustran los designios del orador; que la elocuencia, en suma, no reside en lo que se piensa, ni en lo que se dice, ni en las imágenes y primores del estilo, ni en la feliz y grata elocución, sino que consiste en el efusivo contacto de muchas almas hermanas, creadas á semejanza de un mismo Dios, alentadas por un igual destello de su omnipotencia, ansiosas siempre de una misma luz, que nombramos verdad, bien, belleza ó amor, desterradas y reclusas en diversidad inefable de mazmorras carnales; almas que congregadas al conjuro de la voz, olvidan un instante su cautiverio y sus afanes. La fiesta que ellas hacen al verse juntas nos descifrará el enigma de ver claudicar en la oratoria el *Segnius irritant animos demissa per aurem* de Horacio; así entenderemos cómo la elocuencia resulta favorecida por la muchedumbre de los oyentes, y casi inasequible si se restringe su número; cómo y porqué ahonda la huella en los ánimos mucho más que si los mismos conceptos del orador fuesen comunicados en diálogo singular ó impresos en el papel, aunque intercediere la maga prodigiosa que apellidamos Poesía.

Las constituciones y las loables prácticas de esta casa piden al recién llegado un cortés saludo, una monografía, un trabajo que, viniendo impreso ya para leerlo, no puede ser verdadero discurso; pero, pues recibe nombre de tal, la conexión que le quede con la oratoria basta para obligarme á practicar lo que no ha mucho teorizaba. Está dicho lo que me propuse

deciros, y debo callar y ya me callo; pero no ha de ser sin declararos cuánto más me agradara haber podido deslizarme silencioso hasta el inmerecido sillón que me otorgáis, para que se advirtiese menos la disonancia de ser yo quien va á ocuparlo.

DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

D. FRANCISCO SILVELA Y LE VIELLEUZE

Señores Académicos:

Habéis elegido, en el puesto tan brevemente ocupado por un insigne periodista, á un gran orador, y nuestro nuevo compañero, con buen acuerdo, ha trazado un precioso cuadro de la oratoria moderna, en sus modos de producirse, en la elaboración del discurso, y en la manera de actuar sobre el auditorio, asunto en verdad fecundo para su aventajada experiencia y propio para mover el interés por escuchar y recoger los juicios y enseñanzas de tal maestro.

Pocas veces el dibujo, atrevido y justo á la par, el color y relieve que la palabra humana ofrece á los privilegiados sabedores de sus secretos, se han mostrado con vigor tan espléndido en un escrito destinado á la pública lectura.

Me pareció á mí, cuando lo leí para escribir esta respuesta, que no había contestación tan adecuada á él como las manifestaciones de vuestra aprobación entusiasta, y hube de desear no me impusieran el deber y la cortesía más prolija labor en este saludo que asociarme á el sentimiento común, pues deslumbrado el ánimo con tan singulares bellezas, brotando en cada página, ya una observación perspicaz, ya un análisis profundo, bañados por la luz intensa de las imágenes y rasgos de peregrino ingenio

como por rayos de sol, toda vibración de la voz es pálida y fría tras la de nuestros calurosos aplausos.

La elocuencia en la palabra hablada, es facultad á que la Academia ha otorgado siempre merecido galardón, llamando á su seno á cuantos con fortuna y crédito cultivan arte tan excelente, y no era bien tardaran en abrirse las puertas de este Instituto á orador forense y parlamentario de las condiciones extraordinarias que se reunen en D. Antonio Maura.

Sus discursos en el Foro, en el Parlamento, en la tribuna de Ateneos ó Asambleas políticas ó profesionales, llevan todos el sello de un estilo propio y personal que, no obstante la diversidad de los asuntos, revelan siempre, y con caracteres muy parecidos, á el genial artista.

Jamás se advierte en sus oraciones diligencia ni cuidado atento á la belleza de la forma, ni al detalle retórico: desde sus primeras palabras penetra con ímpetu vigoroso en las entrañas del asunto y sujeta la atención del auditorio por la acción, atrayéndole á contemplar la lucha resuelta y hasta violenta que emprende desde luego con las dificultades del problema ó de las situaciones que le han llamado á el combate. Sus conceptos, sus afirmaciones, sus réplicas, desbastan el bloque que tiene delante de sí para labrar la obra propuesta, no con la minuciosa labor del cincel ó la gubia, sino con el golpe del hacha ó del martillo; y es maravilla ver cómo va brotando la figura del discurso, erguida, esbelta, de líneas precisas, firmes y severas, de entre las astillas que al choque de sus palabras saltan sin cesar al aire y cubren en pocos momentos el suelo.

Las imágenes que su fantasía pródigamente le ofrece, las comparaciones, las metáforas, no son en sus discursos cuadros ó adornos ó viñetas destinados á recrear al oyente, sino rapidísimas chispas que brotan como á su pesar y al descuido del material que forja ó del muro que destruye, iluminando impensadamente la escena y deslumbrando al adversario.

Así se advierte que no dejan sus discursos la impresión dulce,

pero en cierto modo desinteresada y tranquila, que despiertan otros grandes artistas de la palabra humana, cuando arrebatan el ánimo por la contemplación de la pura belleza, la perfección exquisita del lenguaje, ó la frescura y elevación y grandeza de sus sentencias y la acertada armonía y cadencia de sus acentos, á quienes aplaudimos como espectadores ó críticos de su maravillosa expresión; al oir á Maura se lucha con él ó contra él; es fuerza pasar de oyente á combatiente; arrastra el ánimo y sojuzga la convicción de suerte, que nadie se puede reducir á ser admirador pasivo de su empeño, y los más ariscos y apartados de él cuando empezara á hablar, si tienen el ánimo libre ó indeciso, se someten á sus vigorosos razonamientos y sienten vencida su voluntad á acompañarle en su intento, y si les domina contradicción irreductible se aprestan á la defensa, pero nadie queda en el reposo, en la pacífica admiración de una obra meramente bella.

Discutíase no ha mucho tiempo en el Congreso la cuestión llamada catalanista; habían hablado los más conspicuos de entre nuestros oradores, lamentando en variados tonos y bajo diferentes aspectos el daño de tan tristes discordias en el sentimiento nacional, cuando se levantó Maura, que no había alcanzado aún todo el relieve y la autoridad que sucesos y gloriosas campañas posteriores han prestado á su nombre y á su palabra, y tomando el programa de Manresa en la mano subyugó á la Cámara con el análisis sucinto de sus bases, enlazando por tan maravilloso arte la exégesis de sus preceptos, el juicio de sus conclusiones, el alcance de cada institución, el absurdo de sus fundamentos, la contradicción en sus finalidades, que los propios defensores de tal engendro quedaron maltrechos y como avergonzados de haberlo defendido. No había en el discurso una figura, ni un apóstrofe, ni una ruidosa apelación al sentimiento, y el concurso entero seguía aquella despiadada disección suspenso de sus razonamientos, con cada uno de los cuales desgajaba un artículo del malhadado proyecto de constitución, y hecho trizas lo arro-

jaba de sí para que el viento aventara sus despojos. Apenas se oían aplausos, pero se mantenía en vibrante tensión ese silencio espléndido de las inteligencias, las voces y las voluntades contrapuestas de una asamblea, cuando se someten absortas y subyugadas á una sola voluntad, á una sola inteligencia y á una sola voz, como abandonando el propio pensar y desligándose cada uno de cuanto le rodea para seguir, atento y mudo, el razonamiento y la palabra del orador. Parecía atleta mitológico, desgarrando con la fuerza de sus brazos las fauces del león, descoyuntando sus huesos y tendiéndolo muerto en la arena para ser arrastrado al *Spoliarium;* y, en efecto, ello es que desde aquel día no se volvió á nombrar el programa de Manresa en el Parlamento.

La oratoria es, ó puede ser, un arte bella y un oficio utilísimo; coexisten en ella más íntimamente unidos que en ninguna otra de las producciones humanas, esos dos caracteres, condiciones ó finalidades: la palabra enseña al ignorante, facilita el conocimiento de la verdad y la justicia á el juez; persuade á el pecador con razones y avisos que pueden ser por extremo benéficos sin ser bellos; pero eso no le basta al hombre, en la naturaleza humana hay un reflejo de la belleza divina, un sentido singular sin órgano externo que aspira á percibir lo bello donde exista, y á producirlo y á incorporarlo á toda labor de su inteligencia y de sus manos.

Ese verdadero sexto sentido, se vale de los otros para producir en el alma la emoción estética, mediante la cual vemos y oimos en las cosas algo que no está en ellas, sino en nuestra mente, que al ponerse en contacto con el mundo exterior sueña, ó recuerda ó imagina un conjunto de ideas con virtud para hacer vibrar en nuestro interior el sentido de lo bello, cuando por don del cielo ú obra de la cultura y educación humana, lo poseemos con clara conciencia de su alcance y de sus singulares condiciones.

El hombre primitivo, el obrero del campo, oyen el murmullo

del viento entre las hojas, ven nacer y ponerse el sol en horas desiguales; pero solo cuando su alma se pule y acicala mediante prolija cultura, se despierta en ella ese sentido del arte y la poesía, mediante el cual logramos oir y ver en la selva y en el firmamento mil imágenes exquisitas, reflejos de un mundo moral delicioso é infinito; y si para gozar de las maravillas de ese mundo tropezamos con un guía como Fray Luís, nos lleva á oir en el aire que orea el huerto moviendo sus árboles

«aquel manso ruido
que del oro y del cetro pone olvido»,

y nos hace contemplar la existencia de un Ser supremo y misterioso al preguntarse porqué el astro del día en el verano

«tan presuroso viene
quien en las largas noches le detiene».

Y así el hombre, á medida que se perfecciona y eleva su espíritu, va labrando en los troncos con que sostiene su cabaña los capiteles de la columna y los adorna con las hojas del acanto, y traza en el suelo los contornos de la sombra, y ordena en escala las hondas sonoras de las cuerdas, y va incorporando á la satisfacción material de las necesidades de su vida la expresión de una necesidad de su espíritu, redimido de la esclavitud grosera de los apetitos de la bestia, por la revelación del sentimiento estético, que empieza por poblar los bosques y las aguas de divinidades espléndidas y va haciendo más amable la vida, mediante la comunión de las almas en las sensaciones con que las conmueven la arquitectura, la pintura, la poesía, la escultura y la música.

Ese mismo proceso evolutivo de lo necesario á lo bello y del utensilio á el arte se verifica en la palabra hablada, que se pule y adorna con los atavíos de la retórica en todas las aplicaciones de la vida, diversificándose en la cátedra, la asamblea, el foro, el púlpito y la academia, y siendo en verdad la voz

articulada del hombre, la más apropiada materia para que en ella se reflejen y expresen todas las hermosuras capaces de ser concebidas y sentidas por el alma.

Esta doble condición de la oratoria la aparta de las demás artes puramente bellas, en cuanto á su finalidad capital, en términos de que en ella no se concibe bien, ni prácticamente se produce, el arte por el arte.

La belleza ideal de un cuadro, una estatua, una melodía, cumple su fin, sin enseñar, sin convencer, sin llegar á influir sobre el juicio, ni mover en su dirección el razonamiento; pero un discurso elocuente ha menester una materia puramente intelectual, para que sobre ella se dibuje y matice el sentimiento estético, ó una pasión humana que pueda traducirse en actos, en conclusiones, en reglas de conducta; y como las voluntades y pasiones de los hombres con nada se guían mejor que con el ejemplo y la fe en quienes aspiran á dirigirlos, por eso el orador, para llegar á la finalidad esencial de su obra, que es siempre mover las voluntades ó los sentimientos de un concurso, ha de poner en ella más de su persona, su vida y su propio valer, que el poeta ó el músico ó el pintor, y así lo expresa elocuentemente San Pablo, cuando dirigiéndose á los corintios, les dice: «aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres, y aun el »lenguaje de los mismos ángeles, si no tuviera caridad, vendría »á ser como la campana que retumba en vuestros oídos y no »mueve vuestros corazones.» (1).

Entrambos elementos de la oratoria, el arte y la razón, lo bello y lo verdadero, persuaden nuestro espíritu, pesan en las determinaciones humanas, despiertan en el corazón amores ó repugnancias, mueven la voluntad á la acción ó la mantienen en el reposo, pero el peso y la influencia del arte está más sujeto á las alteraciones en la condición del auditorio, que el de la razón.

Ese sentido, por el que percibimos lo bello, que se deja per-

---

(1) San Pablo: *Epístola 1.ª á los corintios,* cap. 13.

suadir por razones que la razón no comprende, sufre hondas y rápidas mudanzas en la vida de los pueblos, y cambia las costumbres y estilos de sus oradores y los cánones de la palabra hablada, con imperio irresistible.

Rudamente expresaba esa alteración de la oratoria Cormenin cuando al analizar la elocuencia inglesa la comparaba con la griega y latina, y decía que, en lugar de la plegada clámide y la purpúrea toga romana, en breve llegarían tiempos en los que toda oratoria pudiera representarse con gorro de algodón y bata de percal, como símbolos propios del industrialismo de la época (1).

Desde que esto escribía Cormenin, se ha caminado mucho en tales direcciones: el sentimiento del arte va reduciéndose á algunas escarpadas cimas, como las riquezas de nuestros montes públicos, que solo se defienden bien de la devastación allí donde no llega el camino accesible para el Ayuntamiento ó el cacique; el pueblo perdió el secreto de aquel extendido sentimiento del dibujo y del color que nos revelan las piedras de nuestras catedrales, los hierros de las cancelas, las letras de los escudos y, sobre todo, los trajes pintorescos y elegantes de las campiñas leonesas, andaluzas y castellanas, vencidos hoy en todas partes por el pantalón, la blusa y la falda de percal planchado; las clases medias, y aun las intelectuales que con más afición y empeño se ofrecen para dirigir el espíritu nacional por nuevos derroteros, abominan de los estudios clásicos, no se explican qué interés puede haber en el conocimiento de lenguas, en las que no se tratan negocios, ni se giran letras, ni se escriben las guías de los ferrocarriles, y si bien todo esto no llega ni llegará nunca á arrancar del mundo el dominio eterno de lo bello, es indudable que el elemento propiamente artístico, visiblemente se amengua en la suma de factores que constituyen la vida de cada instituto humano, y adviértese ese decrecimiento muy á las cla-

(1) *Les orateurs de la Grande Bretagne.* Paris, 1841.

ras en el modo de sentir las asambleas así aristocráticas como populares las impresiones del puro arte. Apenas si la música, la más sensual de las artes bellas, conserva algún débil y disputado imperio para reunir de buen grado y en disciplina de inseguro silencio unos cuantos grupos de nuestras más escogidas clases sociales; la poesía, la lectura literaria huyerón del comercio de la vida común en el mundo elegante y hoy parecerían tán extrañas en los salones como un guarda infante ó unos chapines de tres corchos; y del propio modo mengua en los parlamentos y ateneos el gusto por las bellezas de la forma, los esplendores de la imaginación, los cuadros y descripciones de la naturaleza; y los espíritus piden, para ser guiados y convencidos, resultados de investigación, noticias de hechos, análisis de cosas y personas, soluciones próximas y concretas para la dificultad ó problema del día. En el filtro que á los auditorios contemporáneos han de ofrecer los oradores para inducirlos á amar ó á aborrecer, hay que reducir á dosis homeopáticas la literatura y el arte, y reemplazarlas por la ciencia, la verdad acreditada, la lógica y la proporción en el razonamiento, y sobre todo y hasta donde lo consienta la probidad oratoria, virtud la más rara y frágil de cuantas he tratado en el mundo, no olvidar, que si un discurso ha de arrastrar y conmover á las democracias, señoras por lo común de nuestras reputaciones y nuestros triunfos, es indispensable llenar en él estas dos condiciones: que suene bien y que prometa algo.

Esta dirección del espíritu moderno da cada día más importancia y mayores aplicaciones á la oratoria, que nuestro nuevo compañero llama con propiedad *militante*, sin duda practicada en alguna medida por los maestros de Grecia y Roma, pero sin alcanzar entre ellos el valor que logra en nuestras asambleas, ni dejar en sus textos, ni aun en sus historias la huella hondísima de las estudiadas y escritas arengas de los grandes oradores griegos y latinos.

Son, en efecto, esos dos géneros, esencialmente distintos y res-

ponden á la diversa manera de sentir el arte, las edades del mundo en que nacieron, entendiendo por tal arte no lo que crea un espíritu privilegiado y singular á quien Dios otorga sus favores, ni lo que se atesora en los Museos para recreo de unos pocos, pues de eso hay y habrá ejemplares y manifestaciones grandiosas en todas las edades, sino lo que está incorporado á la vida del pueblo como sentimiento propio y natural de su ser.

Grecia creó su oratoria por el modelo y el procedimiento con que labró sus estatuas: Demóstenes, Isócrates y cuantos en Atenas y en Roma fueron sus imitadores, consideraban la improvisación cual cosa mercenaria y ajena al arte del orador, y tan contraria á su fin como estiman hoy desatinado los pintores, componer y dibujar de memoria, sin modelos de la naturaleza y sin buscar la propia luz que han de llevar al cuadro.

Plutarco, en la vida de Demóstenes, refiere que algunas veces en las asambleas públicas, hallándose presente el gran orador, el pueblo ó sus contrarios le excitaban á hablar y negábase á hacerlo diciéndoles que no estaba preparado; declaración humilde á la que no se avendría hoy el más modesto de nuestros tribunos, y que significaba el culto del artista á la obra escultural destinada á emular con las de los Fidias, Lisipos y Praxiteles, y á durar tanto como ellas.

La musa de la improvisación es muy diferente; libre, ligera, no levanta el ánimo á las contemplaciones cuasi religiosas de aquella belleza ideal que con la pureza de las líneas apaga los estímulos fisiológicos de los sentidos; atrae, seduce y sugestiona por la elegancia y agilidad de sus movimientos y las transiciones rápidas en la expresión de su rostro más que por las perfecciones académicas de su cuerpo; mueve las pasiones excitándolas en lo que comprende es más tentador para ellas; se hace la compañera de las flaquezas ó de las energías del auditorio para arrastrarle á la acción inmediata, no para hacerle pensar maduramente sobre el caso; es seductora, irresistible singularmente entre la gente latina, en quien mueve mayores y más persistentes

amores la gracia que la belleza, y es tenida por mayor superioridad la prontitud del ingenio que los aciertos tardíos de la meditación y el estudio, y se acomoda mejor á las condiciones de las asambleas deliberantes donde solo por rara excepción se tratan asuntos ni se delibera sobre resoluciones, siendo su propia y más habitual labor asegurar ó disputar el imperio de las personas, ó la dominación de los partidos.

Tan cierto es ello, que las grandes glorias de la improvisación oratoria se producen por lo común en medio de las luchas violentas de las revoluciones para prepararlas unas veces, otras para agitarlas en su desenvolvimiento ó precipitarlas á su fin ó encauzarlas en lo que de ellas se pueda recoger como útil y fecundo.

Admirablemente expone nuestro nuevo compañero la condición propia del arte oratorio: ante todo es coloquio íntimo, fusión de ideas entre el orador y cuantos le escuchan, pero es además combate con el adversario, á quien importa aplastar arrojando sobre él la turba de los indecisos, ó levantando para luchar y vencer, el ánimo de los que nos siguen. Es, por tanto, la obra del orador político acción tanto como exposición, y entre los muchos preceptos del arte de Horacio que importa al orador tener en cuenta, ninguno ha de ser más obedecido en estos tiempos que aquel en que aconseja al poeta dramático huya de los—*versus inopes rerum ungœque canora*—y fuera de algunos momentos de pasión desbordada cuando se atiende á las esperanzas de los actos más que al valor propio de las palabras; el orador hoy, para ser escuchado con interés, ha de procurar, ante todo, nutrir sus discursos con soluciones concretas, reglas prácticas de conducta, juicios claros de sus adversarios, profesión de ideas definidas sobre las cuestiones que interesen ó preocupen á sus conciudadanos.

La obra del orador, por esa condición tan exacta de coloquio de las almas, se hace más difícil, mueve menos los espíritus, no aparece tan grandiosa y considerable cuando atraviesan los pue-

blos períodos de cansancio ó sufren depresiones nerviosas que les inclinan á no desear coloquio ni conversación con nadie, pues en tal estado del espíritu nacional importuna el sonido mejor acordado, hiere al débil la luz del sol que alegra y despierta al sano, y se bajan insensiblemente las voces entre los que rodean y cuidan al enfermo; y el que en semejante situación del común sentir y pensar alza el tono de sus acentos, corre el riesgo de pasar por desatinado ó loco.

Esto debe inclinarnos á nosotros en estos días de color apagado y de tonos grises, á honrar y agradecer más aún los esfuerzos de los grandes oradores políticos que no desmayen en su apostolado esperando despertar con sus acentos las actividades y las energías adormecidas de esta España, á la que con razón se le ha llamado *magna virum mater*, la madre más gloriosa de los más insignes varones y que ha sido en la historia una de las más grandes fundadoras de pueblos, civilizaciones y nacionalidades.

Hoy desmayada é inerte contempla cómo se agitan y se disputan sus hombres de Estado la dirección de los asuntos públicos, no á título de mandatarios ó servidores suyos, sino á modo de gestores oficiosos de un negocio abandonado por su legítimo dueño y en el cual éste no toma responsabilidad ni pone cuidado; los mismos gestores parecen entenderlo así y no se sienten autorizados con aquella seguridad en su derecho, que da el apoderamiento del dueño legítimo para gestionar sus intereses y promover los mejoramientos del fundo desamparado y pesa sobre su voluntad una impresión de interinidad y endeblez que hiere mortalmente sus energías y les reduce á vivir al día.

Es de esperar que la Providencia, cesando de castigarnos con los repetidos y crueles golpes sufridos en el pasado siglo, nos otorgue algún respiro, y durante él, cobre lentamente el país sus perdidas fuerzas; se restaure su sistema nervioso deprimido; riegue de nuevo vigorosa sangre sus debilitados órganos y

hallen así los oradores insignes del presente y del porvenir, interlocutor proporcionado á sus alientos, capaz de engrandecer el impulso de su elocuencia y elaborar en íntima unión, obras perdurables y progresivas. Entretanto, y mientras ese día amanece, siempre será para ellos una gloria y un apostolado meritorio emplear su palabra fortalecida por sus obras y sus sacrificios en requerir al país á fin de que acuda con eficacia á la obra abandonada de gobernar y regir sus propios destinos.

Hoy, si alguno les pregunta al advertir la aparente temeridad de su predicación ¿qué dices, por fin, de ti mismo? habrán de contestar, en conciencia, algo parecido á lo que replicó San Juan á los que así le interrogaban por su misión en las orillas del Jordán: «Yo soy la voz del que clama en el Desierto», pero quizá su voz esté llena de fecunda fe como la del Precursor, y ellos asienten pensando hay entre nosotros un espíritu y una verdad á quienes todavía no conocemos, de las que vendrá la salvación del pueblo.

HE DICHO.